

FORZANDO LA EVOLUCIÓN

Miquel Barceló

Según se conviene, los seres humanos constituimos una de las especies más inteligentes del planeta Tierra y hemos ido evolucionando en un entorno determinado que ha configurado prácticamente todo lo que somos: forma humanoide, posición erguida, simetría bilateral, manos con pulgar opuesto a los otros dedos, etc. Aunque es típico que se haya imaginado a seres inteligentes de otros planetas con forma parecida a la nuestra, lo cierto es que la evolución en otros entornos ha de dar seguramente seres muy distintos, al menos en apariencia. La evolución nos ha hecho lo que somos, aún cuando empieza a ser posible que, como paradójico resultado a obtener en un futuro más o menos cercano, podamos forzar ese camino evolutivo digamos "natural", y diseñar nuestro futuro incluso a nivel del ADN.

Por primera vez en la historia, el saber acumulado nos permite, con la biología molecular y la ingeniería genética, modificarnos a nosotros mismos, asumir un papel creador y forzar el proceso de la evolución que nos ha hecho ser como somos en miles y miles de años.

Tal y como lo expresa Stephen W. Hawking: *"En los últimos 10.000 años, hemos ido acumulando información cada vez con mayor rapidez, y la hemos dejado a las generaciones venideras. Esta transmisión de información mediante el lenguaje ha substituido a la evolución biológica por medio del ADN, que no ha experimentado cambios significativos en este período. No podremos continuar mucho más tiempo con este crecimiento exponencial de la información, porque nuestro cerebro es, esencialmente, el mismo que el del hombre de las cavernas. A pesar de ello, estamos a las puertas de una nueva era en la que podremos modificar nuestro ADN, nuestra capacidad intelectual y la duración de nuestra vida. Sólo espero que utilicemos este poder con sabiduría"*.

Con lo que hemos llegado a saber, podemos llegar a forzar la evolución. Aunque podríamos incluso preguntarnos donde acaba lo "natural" y donde empieza el diseño. Hoy existen en el planeta especies en absoluto naturales y que sólo han llegado a existir como resultado de la labor creativa del ser humano: tras diversos cruzamientos a lo largo de muchos años, hemos "fabricado" gallinas que dan más huevos, naranjas sin pepitas, vacas que dan más leche, semillas más productivas y un largo etcétera. Por eso es lícito pensar, de forma paradójica, si tal vez esa posibilidad de manipulación artificial del ADN propio pueda llegar a ser un acto evolutivo más. No siempre es fácil distinguir la frontera entre lo "natural" y lo "fabricado".

Obviando por ahora ese problema francamente esencial y muy complejo en torno a lo que es la técnica y la "naturalidad" con la que el ser humano la utiliza, me gustaría incluir esta posibilidad de una evolución forzada y "creativa" como el elemento más reciente en una interesante secuencia de destrucción de ciertas presuntas discontinuidades que han resultado ser falsas.

La idea de esas discontinuidades rotas la expresó por primera vez Sigmund Freud, entre 1915 y 1917, en diversas conferencias en la Universidad de Viena. Freud veía (concretamente en la teoría heliocéntrica de Copérnico, en la teoría de la evolución de Darwin y en su propio psicoanálisis) una serie de importantes cambios en la percepción que los seres humanos tenemos de lo que nos rodea. Vistas como violentos ataques a nuestra visión del mundo y como verdaderos "*hundimientos del ego*", estas teorías vendrían a romper ciertas discontinuidades hasta entonces falsamente interpuestas, para acabar mostrando una realidad mucho más continua y, también, mucho más compleja.

La revolución copernicana nos enseñó que el ser humano no ocupa un lugar de privilegio en el universo, rompiendo violentamente con la idea de imaginar una inexistente discontinuidad entre la Tierra (y por consiguiente el ser humano) y el resto del universo. Con la teoría de la evolución se rompe la segunda discontinuidad: la ficticia consideración del ser humano como una especie aislada del resto de la creación. El propio Freud se situaba en el eje de la ruptura de la tercera discontinuidad: el psicoanálisis nos venía a decir que ni tan siquiera aquello que pensamos o sentimos es lo que nuestro ego consciente desea pensar o sentir.

A partir de esas conferencias de Freud, Bruce Mazlish, profesor de historia del M.I.T., introdujo en 1967 la idea de que la cibernética de Norbert Wiener y la inteligencia artificial darían al traste con una presunta cuarta discontinuidad entre hombre y máquina.

Me atrevería a introducir la hipótesis de que, con la ingeniería genética, estamos a la puertas de la ruptura de una nueva y quinta discontinuidad: la distinción definitiva entre lo natural y lo creado. Paradójico resultado del saber acumulado que ha llegado, entre otras cosas, a la ingeniería genética.